



NUM. 44. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 28 DE OCTUBRE DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO IV. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



la noticia de la evacuacion de Cápua por las tropas de Francisco II y de la consiguiente entrada de las de Victor Manuel y Garibaldi en esta plaza, ha contestado un telégrama de Turin desmintiéndola y diciendo que se equivocó Cápua con Cajazzo. Todo es posible; pero la rendicion de Cápua si no se ha verificado,

no puede tardar en verificarse porque es imposible que se sostenga contra los esfuerzos reunidos de las tropas sardas y de las de Garibaldi.

Después de una batalla dada en las líneas del Voltorno en que el general Cialdini hizo prisioneros ochocientos napolitanos, entre ellos dos generales y gran número de oficiales y jefes, parece natural que la evacuacion de Cápua se decidiese, retirándose las tropas de Francisco II á la línea del Garellano. La corte de Gaeta ha llamado á su lado al general español don Fernando Fernandez de Córdoba, que en 1849 mandó aquella expedicion que salvó su ejército de las consecuencias de la derrota de Velletri. El general Córdoba ha acudido al llamamiento, pero segun dice un periódico amigo suyo no ha aceptado el honor que se le queria conferir dándole el mando de una division napolitana.

Gaeta ofrece dos puntos avanzados importantes, que tomados harán imposible la resistencia: tales son la Mola y Trinitá del Monte. Estos dos puntos, sin embargo, están muy fortificados, y si los realistas continúan ofreciendo resistencia, Victor Manuel y Garibaldi tendrán que dar una ó quizá dos batallas antes de llegar á ellos.

Ahora todas las miradas de Europa están fijadas en las conferencias de Varsovia. Los tres monarcas del Norte que desde 1772 á 1795 se repartieron entre sí la Polonia, se hallan reunidos á conferenciar en la misma capital de la nacion objeto del repartimiento. Cada cual lleva una intencion diversa á estas conferencias, y cada soberano de los que no han sido admitidos ó invitados á ellas espera un resultado distinto. El gobierno de Roma cree que con

el auxilio de las cortes de Rusia, Prusia y Austria podrá reconquistar los territorios perdidos: el de Gaeta se li-songea de que no se han reunido los tres monarcas en Varsovia; sino para restaurar á Francisco II en su trono: los duques de Toscana, Parma y Módena, confían en que la entrevista varsoviaña tendrá por resultado volverles á sus palacios respectivos, y el partido monárquico puro de toda Europa saluda ya la resurreccion de la Santa Alianza.

Por el contrario los liberales encuentran gravísimas dificultades para que los tres monarcas del Norte se entiendan; no creen en la noticia que se ha hecho correr de que en Varsovia se redactará un programa de *pacificación* de la Europa que se someterá á un congreso, y cuya desaprobacion producirá la guerra; y piensan que si algo acuerdan los emperadores de Rusia y Austria y el príncipe de Prusia, será cosa de su interés peculiar y que puedan ejecutar en comun, sin que la Europa tenga que ver en ello, porque sería impertinente querer imponer á las demás naciones europeas un programa de orden público discutido en Varsovia.

Los hechos vendrán pronto á revelar cuál de estas diferentes congeturas es la mas fundada. Los monarcas del Norte hace días que se han reunido á conferenciar, y á estas fechas, si hay programa, debe de estar ya redactado.

Una particularidad notable nos ha anunciado el telégrafo, y es que el emperador de Austria, la vispera de salir para Varsovia dió una constitucion á sus pueblos. Esto de convertirse de repente en constitucional la vispera de asistir á una reunion absolutista ha dado mucho en qué pensar y materia para escribir largas consideraciones. Hay quien supone que este paso de Francisco II no es sincero y que la constitucion anunciada está muy lejos de ser una cosa seria; otros se figuran que la situacion ha cambiado y que el emperador de Austria toma definitivamente su partido y su puesto entre los monarcas constitucionales y aun se encuentra propicio á contraer alianza con Victor Manuel; y otros finalmente piensan que el otorgamiento de esa constitucion, cuyos artículos y pormenores no sabemos todavía, es un acto de profunda habilidad política dirigido á pacificar la Hungría y otras provincias, que andan un poco agitadas, mientras todas las fuerzas de Austria caen sobre Venecia y Lombardia ya para conservarlas, ya para tomar la ofensiva contra el Piamonte.

El gobierno sardo no las tiene todas consigo y despues de haber movilizad muchos batallones de la milicia na-

cional, sigue movilizand mas y encargando fusiles á todas las fábricas francesas. La actitud del Austria le alarma, y recela que como en 1859 los austriacos de repente y casi sin intimacion pasen el Mincio y el Pó penetrando en la Lombardia y la Toscana. En este caso Victor Manuel no estaria tan seguro como en el año anterior de encontrar un ejército francés que le auxiliase. Para hallar auxiliares franceses tendria tal vez que ir á Roma.

Sin embargo, tampoco puede afirmarse que Francia dejaría á su aliado pelear solo contra Austria: y aun cuando asi fuera, hoy la nacion italiana, despues de dos años de combates, robustecida con las sucesivas anexiones y vigorizada con el entusiasmo, encontraria en sí propia recursos bastantes y valor suficiente para vencer á su enemigo. ¡Ay entonces del imperio austriaco! Habria jugado y perdido el todo por el todo y quedaria borrado del catálogo de las grandes naciones europeas, elevándose otras sobre sus ruinas.

Asi, pues, tanto Francisco José de Austria como Victor Manuel se hallan en una posicion critica. Las potencias del Norte podrian inclinar la balanza al lado austriaco, pero las del Sur y la Inglaterra saldrian entonces á formar el contrapeso. Por lo mismo dudamos que los interlocutores de Varsovia logren ponerse de acuerdo sobre la gran cuestion que se agita, y tenemos una prueba de que hasta ahora por lo menos no lo están en la diversa conducta que han seguido sus ministros en Turin. La Rusia, despues de grandes vacilaciones, ha retirado al fin toda su legacion, lo mismo que Austria; pero la Prusia no ha dado ningun paso en este sentido, contentándose con una nota en que acepta el principio de las nacionalidades añadiendo que sin embargo el Piamonte ha debido respetar los tratados existentes: lo cual como se vé es destruir una asercion con la otra y dejar en la duda, porque los tratados existentes son la contradiccion del principio de las nacionalidades.

En España se ha suscitado la cuestion de la conducta que debia observar el gobierno en este caso; y el consejo de ministros, segun los periódicos ministeriales mas autorizados, se ha puesto de acuerdo en imitar lo que ha hecho Francia, esto es: retirar el plenipotenciario y dejar la legacion con un encargado de negocios. Sin embargo, hasta el momento en que escribimos esta noticia no es todavía oficial y por lo mismo la damos solamente como probable.

El que decididamente se ha retirado con toda la legacion, ha sido el representante del gobierno español en Venezuela, donde han sido asesinados cerca de cien es-

pañoles por las bandas armadas que pululan en aquel territorio. Esta cuestión de Venezuela tiene los mismos caracteres que la de Méjico: se supone que los españoles influyen en los negocios interiores del país y manifiestan opiniones favorables á tal ó cual partido, y los del partido contrario les tratan como á enemigos, les degüellan cuando pueden y les saquean cuando encuentran proporción.

Es indudable que ni las autoridades ni las tropas regulares ni las personas decentes, lo mismo de Méjico que de Venezuela, tienen parte en estas atrocidades impropias de un país civilizado; pero no por eso deja el gobierno español de estar autorizado á pedir el castigo de los criminales y la posible indemnización de los daños causados á las víctimas, así como tampoco está exento el gobierno venezolano de atender á que esos excesos se castiguen, á que los daños sean resarcidos y á evitar que se repitan. Las comunicaciones que han mediado entre el representante español y el gobierno de Venezuela, han concluido por un formal desacuerdo; el gobierno de Venezuela ha enviado á un plenipotenciario suyo á Madrid para tratar aquí la cuestión, y el ministro español en aquella república ha salido de su territorio. Mucho celebraremos que la cuestión se pueda arreglar decorosa y amistosamente.

El señor ministro de Estado se halla enfermo de mucha gravedad, aquejado de una pulmonía: esta sensible enfermedad ha paralizado al principio los negocios; pero después, el presidente del consejo se ha encargado de su despacho.

Las córtes volvieron á continuar sus tareas el jueves 25, habiendo preparado el gobierno varios proyectos, como el de ayuntamientos y el de quintas para someterlos á su consideración.

Los teatros han ofrecido poca novedad esta semana. En *Novedades* solamente ha habido una función extraordinaria á beneficio de los cristianos de Siria. Desearíamos que todas las empresas de espectáculos imitasen este ejemplo y que se promoviese algo más esta suscripción.

Por esta revista y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

II.

Una de las cosas más notables al hablar de la actual exposición, en cuyo examen vamos á entrar, es que de cuantos diferentes géneros se conocen en pintura, de todos ellos se han espuesto cuadros que denotan con cuánta felicidad son hoy cultivados en nuestro país, lo mismo los asuntos históricos que los religiosos, los de costumbres que los de mitología, los paisajes que los interiores y los fruteros. No hace mucho que nuestras exposiciones, tan escasas como inútiles, se componían en su mayor parte de retratos; no hace mucho que entre nosotros apenas se conocían los cuadros históricos, y que el paisaje solo estaba cultivado dignamente por un artista, cuyo nombre no será legado al olvido; no hace mucho en fin, que al revés de lo que ahora pasa, los nombres de los espositores, eran sumamente escasos, y escasas también las obras presentadas.

En la vida del arte se nota constantemente este fenómeno, tras una época de actividad y producción, viene otra de inacción y de esterilidad; tras los grandes períodos, la decadencia. Como tierra fatigada por una producción excesiva, parece que el arte necesita su descanso; después que concluyen sus días de grandeza, no extrañamos pues que haya tenido en nuestra patria tristes momentos en que parecía haber desaparecido por completo. Estos breves y estériles períodos, estas negras sombras en medio de la luz, sirven sin embargo como de descanso; son breves noches, tras las cuales debe aparecer la aurora y brotar el nuevo día. En España, en donde el genio artístico parece ser patrimonio de nuestra raza, se notan claramente esos períodos fatales en la vida del arte; pero se le ve también brotar de nuevo más pujante, porque es verdad que aquí, puede oscurecerse por un momento la sagrada llama; pero desaparecer, pero extinguirse, jamás. Esta útil verdad la están demostrando bien claramente las tres últimas exposiciones.

Nótase que en su mayor parte, los artistas espositores, se han dedicado con preferencia al género histórico, uno de los más difíciles, después del religioso, mientras este último decae por grados, en un país en donde florecieron los mejores pintores místicos. Fruto es esto de nuestro siglo, y de la presente civilización; ha decaído la fe y aumentado el amor á la humanidad.

Si para cultivar con éxito la pintura religiosa se necesita viva fe, santas creencias, solitarias meditaciones, y el apartamiento del espíritu de todas las locas vanidades del mundo, seguramente que serán muy pocos los artistas que puedan en nuestro siglo llegar á los antiguos maestros. El misticismo, el arrobamiento, ya no es hoy patrimonio de la religión en los pueblos europeos, y por lo mismo nadie debe extrañar, el que, un género el más difícil en el arte, porque es una santa mezcla del sueño y

de la realidad, y que necesita condiciones de vida especiales, decaiga en los momentos en que estas faltan.

No sucede así con el género histórico. Este siglo descontentadizo como siglo de transición, vive del porvenir y del pasado; en estos momentos en que la ciencia histórica, presenta á los pueblos de hoy la vida de los pasados pueblos, en toda su grandeza y en todos sus horrores, gusta al hombre de estos días ver reproducido en el lienzo, lo que el historiador le describe en las animadas páginas del libro. Además, los recuerdos gloriosos de cada nación, son como un hermoso patrimonio del cual se envanecen las nuevas generaciones; parece que les cabe algo de aquel pasado que la gloria hace más brillante, y difícilmente rehusan á la estéril vanidad de creerse hijos de los héroes. Hablarle á un español de las glorias militares alcanzadas en Pavia y en San Quintín, describirle en el lienzo, si se nos permite esta frase, aquel terrible día, aquel día de espanto como dijo el poeta, en que el pueblo de Madrid rechazó á los aguerridos regimientos de Napoleón, será siempre tocarle en la fibra sensible: su entusiasmo perdonará grandes defectos, y amará todas las bellezas del libro en que se narren semejantes escenas, del lienzo en donde se vean representadas.

Habiendo decaído el género religioso y el mitológico, que fueron, digámoslo así, las dos fases del arte del Renacimiento, ninguna otra podía con más razón recoger su herencia que el histórico. La Francia que se llama la propagadora de todas las ideas, ha sido la que le puso en moda. David empezó pintando las escenas de la Convención, y Horacio Vernet llevó á término la magnífica epopeya, en donde el primer Bonaparte es el héroe divinizado por el pincel del artista. Paul Delaroche dejó el presente, y buscó en los pasados tiempos el germen de sus inspiraciones; pero todos ellos demandaron á su siglo, ó á los pasados, el secreto de la vida pública ó privada de los que dejaron su nombre en la historia.

En nuestra patria, y lo vemos como una señal inequívoca de adelanto, este género empieza á cultivarse con éxito entre la juventud. En las tres últimas exposiciones los que más se distinguieron, fueron los que trataron asuntos históricos; Cano que nos dió su *Colón* y su *Don Alvaro de Luna*; Gisbert que presenta hoy *Los Comuneros*; Sanz su *Independencia y libertad*.

Los cuadros de costumbres son hoy también sumamente apreciados, y creemos que lo serán más en adelante, porque están más al alcance de la multitud, pues esta se paga más de lo que comprende mejor. Efectivamente, el vulgo puede ignorar quién fue *Fernando el Emplazado*, y desconocer por completo la tremenda lección que encierra semejante asunto, pero en el cuadro en donde se le presenta á él mismo como actor, en donde vea retratado algo de lo que toca todos los días y de lo cual pueda creer que le es permitido juzgar, en el cuadro en donde se pinten en todo su desamparo y tristeza las amargas escenas de la pobreza, del dolor, ó en toda su animación, la loca alegría de sus fiestas, en ese cuadro siempre creará ver algo de sí mismo y por lo tanto se sentirá subyugado por la obra del artista.

Creemos necesarias estas ligeras observaciones antes de pasar al examen de las obras expuestas.

El orden que debemos seguir en dicho examen lo requiere así; entremos, pues, en él, sin dar ninguna preferencia á este ó el otro género, á este ó al otro expositor, pues no es tal nuestro ánimo. La índole de nuestra publicación no permite otra cosa.

III.

Uno de los espositores que han logrado atraer sobre sí la atención pública, es sin duda alguna el señor don José Casado, autor del cuadro que se titula *Últimos momentos de Fernando IV el Emplazado*, cuyo hermoso asunto le sirvió para demostrar que es un joven pintor de quien el arte español debe esperar mucho. Efectivamente, este argumento, si podemos decirlo así, se presta á grandes cosas; aquel rey á quien se emplaza ante el tribunal de Dios para dar cuenta de los errores de la justicia humana, aquellos hermanos Carvajales, que debían presentarse en sus angustiosos sueños al monarca que pronto debía abandonar la tierra, no pueden menos de proporcionar al poeta ó al pintor un buen asunto para el cuadro, ó para el poema. La edad media sacó de este asunto una lección, y la formuló terriblemente: el emplazamiento de don Fernando es una de las más grandes protestas de la inocencia oprimida, contra la ignorante justicia de los hombres.

Este asunto, sin embargo, tiene más de fantástico que de real y el artista tuvo que luchar en esta parte con un grave inconveniente. ¿Consiguió vencerlo? Esto es lo que no aseguraremos; pero el lienzo no es libro y hay que perdonar al pintor lo que no podríamos dejar pasar en el poeta.

Si un buen color, si un correcto dibujo, si un acertado estudio de los paños hacen de un cuadro cualquiera, una buena obra artística, sin duda alguna, el señor Casado, puede envanecerse del suyo, pues todas esas dotes tiene. Además, la composición es sencilla, y comprende admirablemente el asunto; los paños están perfectamente entendidos, en los hermanos Carvajales está bien estudiado el desnudo (que es como veremos adelante en donde más sobresale este expositor) y en cuanto á la expresión puede

asegurarse que es severa pero sin crueldad. No puede decirse otro tanto de la figura del rey don Fernando: este no se revuelve en su lecho sino en su tumba, tal es la expresión que dió el autor á aquel rostro: además el color creencia; pues si por el dibujo el monarca está muerto, debió evitarlo el señor Casado, tanto más, cuanto que todos lo ven, inteligentes y profanos al arte.

Otro cuadro presentó también, *Semiramis en el infierno del Dante* que merece justos elogios. Fuera del pequeño defecto, que lo es más del lienzo que del artista, de presentar tan cerca de los poetas á Semiramis, poco, muy poco, se hallará en él digno de censura. La figura de la reina está bellamente concebida, su dibujo es correcto, su color hermoso y lleno de vida, en especial el torso que está perfectamente sentido, ¡lástima que parezca corta la pierna desde la rodilla hasta el pie, pues se nota este defecto á pesar del escorzo!

Este joven artista descuella sin duda alguna, según se ve por el examen de sus cuadros, en el color y en el conocimiento del desnudo. Efectivamente, si estas son las dotes con que más se distingue, si por ellas merece el cuadro anterior justos elogios, ¿qué diremos del que representa *Un prisionero*? Para nosotros esta es su mejor obra. Sencillez suma en el asunto, gran conocimiento del desnudo, color jugoso y lleno de animación, valentía en el dibujo, hé aquí lo que es este cuadro, que se lleva todas nuestras simpatías. El señor Casado ha hecho en él un hermoso estudio del natural, y ha conseguido en verdad levantarse á la altura que merece: justa recompensa á que debe aspirar el artista que como él siente tan bien el color y conoce el desnudo de la manera que vemos en el hermoso cuadro de que acabamos de hablar.

El señor Aznar, autor de los cuadros, *Safo*, *Un soldado herido* y *San Hermenegildo en la prisión* nos da á su vez, á entender bien claro cuán difícil es el arte, y cuanto se necesita para llegar en él á la altura á que algunos jóvenes espositores se han colocado. Sus cuadros no llegan sin duda alguna á lo que quiso su autor, en quien reconocemos, sin embargo, buenas dotes de artista. El *San Hermenegildo en la prisión*, que pertenece al género religioso adolece del defecto que hemos señalado á los cuadros de este género; falta la fe en nuestro siglo, y por lo mismo no se conciben bien semejantes asuntos, porque la verdad es que no se sienten como se debe. El señor Aznar, á pesar de haber hecho una bonita composición, no ha logrado dominar el asunto. La fisonomía del príncipe, es más del guerrero que del mártir, y hay veces en que se cree ver en San Hermenegildo la irritada figura de su padre. Sin embargo, el obispo arriano, y sobre todo, la hermosa cabeza de un anciano que se ve detrás del obispo, son bastante buenas. La mala combinación de los colores, hace que desentone el cuadro, grave defecto de que debe huir todo artista, y por lo mismo no llama esta obra la atención como debiera, pues á pesar de los defectos señalados, es bueno el asunto y bastante acertada la composición.

De los otros dos cuadros, estudios del desnudo, la *Safo* y *Un soldado herido*, algo tenemos que decir, en especial de este último, que nos dispensa de la ingrata tarea de ser severos con el que representa á la enamorada poetisa pronta á arrojar al mar de Léucades por su amado Faon. En él estuvo el señor Aznar, harto infeliz, y no queremos ser nosotros quienes le digamos lo que es y lo que significa aquel cuadro, cuyo hermoso asunto, se prestaba á una gran cosa. Su *soldado herido*, le disculpa algún tanto, por más que no carezca de ciertos defectos, siendo el primero el haber escogido mal el momento de presentarlo. Es este cuadro digno de un artista, el terreno es bastante bueno, no así el celaje; la figura está bien dibujada, el torso en especial, que está sumamente sentido, y aun cuando la cabeza hace algo fría, es buena sin embargo lo mismo que el color, en que el artista ha estado bastante feliz.

Otro expositor, el señor don Benito Mercadé, presentó tres cuadros, cuyos bellos asuntos se prestaban á mucho: hablamos de los que se titulan *Las hermanas de la Caridad*, *Un recomendado* y *Velázquez premiado por Felipe IV*. En todos ellos se conoce que este artista sabe manejar el color bastante bien, pero que no siempre acierta á desenvolver completamente los asuntos que se propone. *Las hermanas de la Caridad*, es sin duda alguna el mejor de los que presentó; el asunto no puede ser más bello; aquel desamparo, aquella tristeza, que rodea la muerte del pobre y del justo, están bien comprendidos; la idea de asociar al santo dolor de las que perdían una hermana, el vivo dolor de la niña desvalida, que tal vez había hallado en la compasiva caridad de la difunta los cariños de una nueva madre, es de muy buen efecto, pero no tanto que logre corregir la frialdad que se nota en el todo de la composición. El fondo es bastante regular, las figuras están bien tocadas, pero no corresponden como deben al asunto. El color bueno lo mismo que en los otros dos cuadros del autor, siendo esto su mejor dote de artista. Hemos dicho que tiene el señor Mercadé, buena elección en los asuntos, pero que no siempre logra desenvolverlos como corresponde, y esta verdad se ve bien clara lo mismo en su cuadro *Un recomendado*, que en el de *Velázquez premiado por Felipe IV*. Este último, que tiene un fondo bonito, y algunas figuras bien tocadas, en especial la del rey que es lo

mejor del cuadro, pues en ella está sentido el color, y bastante bien estendido, no llega sin embargo, á lo que quiso el artista. La figura de Velazquez no corresponde en verdad á lo bello del asunto, y lo mismo sucede con las de las infantas; esto no priva que reconozcamos en el señor Mercadé, dotes de artista, y que creamos, que con el estudio llegará á alcanzar un buen puesto entre nuestros buenos pintores; tiene el sentimiento del color y esto es ya mucho.

LAS CRUCES DE NOVIEMBRE.

Todo perece: el tiempo en su carrera,
lenta, cual del hambriento la agonía
para el triste que espera
termine con el día
la pena que le abruma, desastrosa
rápida, como tromba impetuosa
para el que cuenta los momentos idos
por placeres perdidos,
en su trascurso igual mata y derrumba
lo animado y lo inerte. Si ayer fiero
un mortal dominaba un pueblo entero,
hoy el pueblo es su tumba
y mañana tal vez de pueblo y hombre
no habrá restos, ni polvo, ni aun el nombre.
(Canto á la memoria de Azara.)

I.

El áspero viento septentrional arrancó de los árboles una á una sus marchitas y amarillentas hojas, dejándolas caer y agruparse alrededor de sus troncos como formando un lecho mortuario.

Agostáronse las flores en las praderas y el verdor en los campos: enmudecieron los pájaros del bosque y la naturaleza vuelve á sumergirse en su periódico letargo.

Llegó el día de las Cruces de Noviembre.

Puedo dar por lo tanto libre curso á mi pensamiento sin riesgo de que me acusen de inoportuno.

Cada cosa en su tiempo y las fúnebres imágenes para el día de difuntos.

Al hablar de la Cruz de Mayo alejé de mi cerebro, emplazándolas para hoy las melancólicas ideas que sin tregua le combaten. Ostentábase la primavera entonces en todo su apogeo, ¿y quién se hubiera atrevido á empañar su transitorio brillo, trayendo á la memoria las sombrías tintas del invierno?

II.

Contaba muy pocos años, cuando asido de la mano de mi padre, penetré por vez primera en un cementerio.

Era el 1.º de noviembre.

Próximo el sol á su ocaso, apenas nos enviaba un tísico y descolorido fulgor que entibiaba el frío viento del otoño.

Aquel remolino de criaturas agitándose en todas direcciones, con el dolor impreso en su demacrado rostro; aquellos bruñidos mármoles con inscripciones de oro iluminadas por mil apiñadas antorchas, cuyo pestilente tufo viciaba el aire que respirábamos; aquellas toscas cruces, solitarias y abandonadas en medio del enjambre que rodeaba los mausoleos; aquellos venerables y graves sacerdotes, de lengua sotana y blanca sobrepelliz, entonando salmos misteriosos y sobresaliendo su ronca voz entre el mundanal estruendo que turbaba la paz del sagrado asilo, todo aquel extraño conjunto, en fin, produjo en mi joven alma, una sensación indefinible de tristeza y terror, y á medida que cruzaba, siempre al lado de mi padre, las dilatadas y fatídicas calles de sepulcros, oyendo los desgarradores suspiros que salían por detras de sus heladas piedras, fue creciendo de tal modo mi inquietud, que prestando á mis débiles fuerzas una actividad prodigiosa, saqué á mi padre, poco menos que á remolque, fuera de aquel recinto, temiendo ser presa de algun horrible fantasma que creía ver surgir á cada instante de las urnas cinerarias, evocado por el cántico de los sacerdotes y el llanto de la multitud.

—¿Por qué se quejan de ese modo en este sitio? pregunté al autor de mis días, repuesto ya del susto y de regreso á nuestro hogar.

—Porque en él reposan los muertos; y los que viven, piden á Dios por su descanso eterno, al venir una vez en el año á visitar sus sepulturas, como tu harás también conmigo el día en que haya cumplido mi tarea, me respondió mi padre con dulzura.

—¿Y qué tarea tiene usted que cumplir? le repliqué no comprendiendo su respuesta.

—La que Dios impone á todos al concedernos la vida. El sufrimiento y el trabajo.

—Entonces, ¿para qué nos la dá? exclamé con el candor de mi ignorancia.

—En la siguiente parábola, hijo mio, hallarás la contestación.

Y mi padre, me habló de esta manera.

III.

«Un rico propietario llamó cierto día á todos sus dependientes y les dijo mostrándoles una altísima y escabrosa montaña.

—En aquella cima está desde hoy vuestra morada. A costa de mi sangre, he trocado mi hacienda por la del labrador que allí vivía y el nuevo amo os admite á su servicio.—Arreglad, pues, vuestro ajuar y emprended el viaje si no preferís morir de consunción en estos ignorados desiertos, donde hay que sembrar todos los años para recoger luego una mísera cosecha que no basta á vuestro regalo.—Penoso es el camino, os lo prevengo: á cada paso, mil obstáculos entorpecerán vuestra marcha—el cansancio unas veces y el abatimiento otras irán poco á poco gastando el vigor de vuestro espíritu, pero si conseguís llegar hasta mi campo, vuestras fatigas habrán concluido para siempre. La tierra de aquel valle produce mil espigas por cada grano que en ella se deposita y una vez hecha la siembra, no hay que empezarla de nuevo—

Los pobres labradores siguieron obedientes el consejo de su amo y diseminándose en la llanura, como las ovejas de un rebaño, cada cual por su lado emprendió la ascension.

Y treparon el primer día, logrando hacer la sexta parte de su jornada—su peligrosa tarea equivalía á la de una década en otra clase de trabajo.

Y continuaron subiendo el segundo y tercer día.

Las malezas desgarraban sus desnudos pies, ya macerados por el pedernal de los riscos.

Insosdables abismos se atravesaban en su ruta obligándoles á costear su orilla y á invertirla una y cien veces el camino.—Sucedíanse con frecuencia las tempestades—para una hora bonancible, cuántas de agitacion!

Iban agotándose las provisiones y aquellos que aun no las habían consumido, negaban á sus compañeros el socorro que les imploraban, por miedo de que les faltasen.

Y los labradores comenzaban á sentir hambre, y para no sucumbir de necesidad, tenían que buscar su alimento en los silvestres frutos del monte.

Y levantaban sus ojos al cielo con la esperanza de entrever el término de su viaje y la bruma de los pantanos se lo impedía, denso y tenebroso velo que roto por la lluvia, solo desaparecía para ser reemplazado por otro mas lóbrego y siniestro.

Si inundaba sus frentes algun rayo de luz, lloraban luego con mas fuerza los horrores de la noche en que volvían á sumergirse.

Si algun sabroso fruto halagaba por acaso su paladar, tambien envenenaba su estómago y sentían despues doblemente la insipidez de su ordinario alimento y los tormentos de la corrosion.

No bien descansaba su ensangrentado pié en alguna estrecha senda, tapizada de césped y de flores, cuando asomaba entre las hojas, su verde y chata cabeza la serpiente y su lengua emponzoñada se abría paso al través de los enrojecidos miembros del débil labrador que pagaba con la vida el goce de un segundo.

De este modo trascurrieron otros dos días.—Al quinto habían quedado en la montaña mas de la mitad de los caminantes—unos faltos de fe y otros de voluntad.

Al sexto día, apenas trepaba por la vertiente una décima parte.

Al séptimo—llegaron á fijar su planta en la elevada cúspide—; pero eran tan pocos!

Un purísimo horizonte, coronando un feraz y estenso valle, matizado de todas las flores que dora el benéfico sol de mayo y en cuyo centro resplandecía una cruz de fuego, deslumbró la ofuscada vista de los viajeros.

—Vuestro trabajo ha concluido, les dijo su amo saliendo al encuentro. La tierra de estos campos vivificada por la eterna luz que brota de las ramas de ese árbol de gracia, á quien sonríe una primavera sin estío, produce mil espigas por cada grano que en ella se deposita. Una vez hecha la siembra, no hay que empezarla de nuevo—y habeis tenido constancia y fe para arrojar vuestro grano en los surcos. Entrad, pues, en mi hacienda que ya vino el tiempo de la recoleccion, en el campo de la Cruz de Mayo.—

—He satisfecho tu pregunta, continuó mi padre con acento solemne. Si, como creo, me has comprendido, imita hijo mio, el ejemplo de los que llegaron y no te abandones á tu debilidad como los que sucumbieron en el camino, que aunque las montañas que ha de subir cada ser no son iguales, los trabajos están en proporcion de su altura.—

IV.

Despues, mucho tiempo despues de esta conversacion, he vuelto algunas veces al cementerio; pero, solo, como volverán hoy no pocos de los que antes fueron acompañados de una madre, de un hijo, de una esposa, de un amigo... y siempre he recordado la impresion del día en que me llevó mi padre de la mano.

Tambien quedó grabada en mi memoria su parábola, trivial para los mas, consoladora para los menos, exacta imagen sin embargo de la humana condicion.

Y ademas he comparado aquel día de difuntos, con los que desde entonces se han ido sucediendo.

¡Soy tan amigo de la observacion!

El pueblo continúa siendo el mismo. Enciende en su casa tantas candelicas como parientes y deudos tiene difuntos, y neutraliza con los buenos tragos de la vispera,

los malos tragos del día.—Hace bien.—El muerto al hoyo y el vivo al bollo—

Pero ciudad, villa y pueblo, todos van en romería á visitar las cruces de los campos santos, á suspender gasas y guirnaldas de los nichos, á llevar antorchas y lacayos á porfia, haciendo alarde de un sentimiento que existe en pocos de los romeros, y no porque les falte corazón ni porque las impresiones de hoy sean distintas de las de ayer.

El sentimiento nace de las afecciones, de las ideas que nos infunden desde niños, prescindiendo de los caracteres, organizaciones y temperamentos, y la educacion de ayer en nada se parece á la de hoy.

Prosigue la romería; pero el dolor disminuye,—y no acuso á la humanidad. Cede al movimiento que le imprime el espíritu del siglo.

Raya en delirio el afán que nos domina por salirnos de nuestra esfera respectiva, y los muertos por lo tanto, van perdiendo algo de sus fúnebres preeminencias.

Ya se ve, corremos sin cesar en busca de una mejoría de posicion que nunca hallamos, y al darnos por vencidos en la empresa, nos convertimos en usurpadores de los derechos del finado.

Cada vivo es un sepulcro ambulante de sus esperanzas, y hasta llega á envidiar la suerte de los que duermen el sueño eterno.

Los vínculos de familia, origen de los mas dulces afectos, desaparecen impelidos por el torrente de vanidad que nos arrastra, y no satisfechos con romper á cada instante la ley escrita, luchamos por romper la natural.

Cansados estamos de saber que el hombre se casa por especulacion y la mujer por conveniencia.

Que el marido no habita en la alcoba de su esposa, ni la esposa por consiguiente en la del marido.

Que la madre no cria á sus hijos, ni el padre los educa.

Que de los brazos de la nodriza pasan á la clausura de un colegio, donde llegan á ser hombres y mujeres, despues de haber aprendido á todo, menos á querer á sus padres, á quienes miran como administradores de unos bienes que les son propios.

Luego no siendo amantes, ni esposos, ni padres, ni hijos, por mas que sus diversos estados y parentescos *rezan* en los libros del vicariato y de la parroquia, no hay amor, ni lazos de familia, ni afecciones naturales, ni verdadero sentimiento, y de esta manera llega lógicamente un marido á presidir el entierro de su mujer, un hijo el de su padre, y las Cruces de Noviembre y el tañir de las campanas no despiertan en nosotros el dolor que se retrataba en todos los semblantes, acrecentando mi pueril miedo el día en que por vez primera trapasé los umbrales de un cementerio.

La visita á los campos santos, será con el tiempo, si nuestros usos no varían, ni amengua nuestro egoismo, una de las muchas romerías del año, en la que solo tomaremos parte por el imperio de la costumbre.

V.

Pero sea cualquiera el prisma al través del cual la moderna sociedad considere el espectáculo del día, todos concocen que la realidad es deplorable, afflictiva, aterradora.

Cada una de esas piedras, de esas cruces, de esos símbolos de la muerte, es el término de un brillante destino, de una horrible suerte, de una serie de prosperidades y esperanzas, de una cadena de miserias y decepciones.

Y nos vemos estremecidos ó halagados al pensar en nuestra impotencia.

—Nada hay mas allá de la tumba—repetimos alegres ó entristecidos, con la risa de la desesperacion ó las lágrimas del desaliento, cual un impío reto á la desgracia ó una amarga reconvenccion á la fortuna, como un sarcástico grito de victoria ó un doliente gemido de martirio.

¡Insensata sociedad! Ciega por su desenfrenado amor propio, no ve para su consuelo el *mas allá* de las Cruces de Noviembre.

En el mundo—la reputacion.—En la eternidad—la Cruz de Mayo.

Peregrinos de este día: si el violento huracan de las pasiones, al tratar de extinguir en vuestro ser el sacrosanto fuego de la religion con que el cariño de una madre quiso hacer fecunda vuestra existencia desde la infancia, no aventó sus cálidas cenizas y queda en el fondo de vuestro corazón algun resto siquiera de pavesas, cuidad de que no las hiele el intenso frío del escepticismo, como el glacial hálito de la muerte descarnó las blancas osamentas, que yacen en esos nichos, hoy objeto venerando de vuestros lúgubres recuerdos.

Ellas os dirían si pudieran hacer resonar dentro de sus panteones, la voz con que en otro tiempo respondieron á la vuestra, glosando las palabras de mi padre.

—El sufrimiento y el trabajo constituyen la vida del hombre, y en la religion estriba su fuerza. Imitad el ejemplo de los labradores que consiguieron hacer su jornada sostenidos por la fe de sus creencias; que aunque despues no os sigan las afecciones terrenales, os acompañará la reputacion de vuestras obras, y serán para vosotros *cruces* de mayo las Cruces de Noviembre.

J. J. SOLER DE LA FUENTE.



ESPOSICION DE BELLAS ARTES. — ÚLTIMOS MOMENTOS DE FERNANDO IV EL EMPLAZADO. — CUADRO DE DON JOSÉ CASADO.

LA CONJURACION DE LOS MORISCOS

Y LA GUERRA DE GRANADA

EN TIEMPO DE FELIPE II (1).

I.

AÑO 1568 AL 1569.

Acercábase por fin el término fatal en que los moriscos de España debían mudar de vestidos, según la pragmática de 1566, y aquella congoja que se apoderara de su ánimo al verse tan oprimidos, sin independencia ni religion, sin usos ni costumbres, sin tierra que pudie-

(1) Para dar á conocer este interesante episodio histórico, tomamos muchos datos de nuestra obra acerca de los moriscos de España, premiada por la Real Academia de la Historia, y añadimos otros que en ella no pudieron tener cabida.

ran apellidar suya, sojuzgado todo al imperio de los vencedores; crecía en gran manera cuando consideraron que hasta se les obligaba á tomar traje diverso del que habían heredado de sus padres. Imposible era que tan violenta medida no exacerbara los ánimos, inquietos ya de mucho antes, de gentes celosas en extremo por sus antiguas costumbres, pues reforzaba las crueles disposiciones que pesaban sobre su desventurada raza, arrancándoles de las manos la última prenda que conservar pudieran de los destrozados lares. La efervescencia entre los moriscos se fue haciendo general, doblándose al ver que ni la pragmática recibía próroga, ni el gobierno se hallaba con intencion de concederla aunque humildemente se implorara, y sin embargo Granada permanecía tranquila: aparentaban los moradores del Albaicin indiferencia y quietud, desde que entró en ella el marqués de Mondejar y despues de la ida á la córte de don Alonso

de Venegas en demanda de clemencia, siendo tanta la humildad de que supieron revestirse, que el mismo presidente comunicaba el pronto y fácil cumplimiento de la pragmática á su magestad y á los de su consejo. Mas la furia infernal de la venganza recorria con terribles alaridos el interior de las taas moriscas, y sus descabelladas instigaciones hallando eco en el seno de las familias, preparaban un drama sangriento que, si bien concebido en la humilde casa de un cerero, amenazaba conmoover el trono poderoso de las Españas. Un verdadero musulman no podia ya sufrir la continuada serie de agravios con que nuestros bisabuelos afligian á los descendientes de los valerosos Muza y Taree: hubieran acaso sobrellevado los moriscos con pesadumbre mezclada de furiosa rabia el abandono de religion y de costumbres, pero exigirles ahora la mudanza del idioma, del traje y adornos familiares, era añadir el último leño á la hoguera

que h
se arr
Jun
Adelet
timada
opone
fuera

alistados
lugares
sando la
ciudad de
No an
no se rep
cos de C
ciaban ca
justicia;
cia á los
forastero
ciudad s
tos, no e
ban entr
cristiano
miento,



TALISM

que humeante y ardorosa le bastaba poco para encenderse arrojando llamas.

Juntábanse en casa de un morisco cerero llamado el Adelet, varios granadinos que, mas atrevidos ó mas lastimados de los sucesos, comenzaron á buscar medios de oponerse á la dura opresion de los cristianos, aunque fuera necesario declararse en abierta rebelion. Las fuer-

zas si bien flacas eran suficientes para minar poco á poco con la mas encubierta trama el ánimo de los hermanos del Albaicin y de toda Granada para dar el grito de venganza durante la noche de Navidad, grito que debia propagarse por la Alpujarra y la Andalucía entera. Los moros Farax Aben Farax, Tagari, Mofarrix, Alatar y otros muchos, llenos de celo por la causa de su raza,

movidos del dolor de tantas víctimas, acordaron poner en rebelion á todo el reino, declarándose, si ser pudiese, independientes del cetro de Castilla. Señalaron la noche del 25 de diciembre, muy venerada de los cristianos, para realizar contra estos su terrible proyecto de devastacion y de muerte, pensando primero de todo asesinar los que habitaban en el Albaizin, dar entrada á ocho mil moros



EXPOSICION DE LAS ARTES.—LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.—CUADRO DE DON BENITO MERCAIÉ.

alistados para este efecto en las alcarias de la vega y lugares de Lecrin y de Orjiba, asaltar la Alhambra y pasando la poblacion á cuchillo entregarlo todo á la voracidad de las llamas.

No anduvo tan en secreto el proyecto de rebelion que no se reparara en la confusion en que andaban los moriscos de Granada y de todo el reino. Los monjes despreciaban cada dia mas y mas las órdenes de los oficiales de justicia; los moros jóvenes amenazaban con imprudencia á los cristianos para los últimos dias del año; los forasteros, en fin, que acudieron en gran número á la ciudad so color de vender y comprar sedas, sayas y mantos, no encubrian lo suficiente la conspiracion que llevaban entre manos: motivos bastante para enterarse los cristianos de cómo y cuándo habia de ser el levantamiento, mucho mas desde que advertido el marqués de

Mondejar de la confesion que temeroso un morisco habia hecho al padre Albotodo, mandaba reforzar las guardias y poner buen recaudo en la fortaleza de la Alhambra (1).

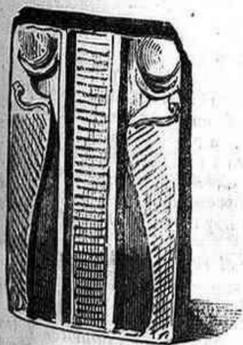
El estado de conflagracion en que se hallaba el pueblo, atizado tambien secretamente por los moriscos ó mas perseguidos ó mas amigos de novedades, no podia dejar por otra parte de sembrar el alarma y el sobresalto en los cristianos de Granada. Los moradores de las Alpujarras hervian tambien en indignacion desde la publicacion de las últimas pragmáticas, porque los conspiradores, «ante todo, revolvieron, como dice un historiador, algunos libros proféticos salvados de las hogueras de Cisneros, y sus leyendas misteriosas fueron interpretadas y leidas como anuncios de libertad. Algunos ancianos que,

(1) *Rebelion y castigo de los moriscos de Granada*, por Mármol Carbajal.

á despecho de las pesquisas inquisitoriales, vivian aplicados al estudio de la astrologia, anunciaron como realidad los delirios de sus imaginaciones exaltadas; habian visto en altas horas de la noche correr por el aire legiones armadas, girar con rumbo incierto estrellas grandiosas y aparecer monstruos alados en furioso combate. Estas narraciones contribuyeron eficazmente á infundir en el espíritu de los moriscos agrestes el ardimiento que el amor solo de la libertad no bastaba á inspirarles (1).» Y entre tanto no sin turbarse el sueño de moriscos y cristianos por alarmas infundadas, no sin crecer la insolencia de los monjes y de los que capitaneaban el plan de la conjuracion, se acercaba el término en que publicaban audazmente los nuevos conversos que *habria mun-*

(1) *Hist. de Granada*, por Lafuente Alcántara.

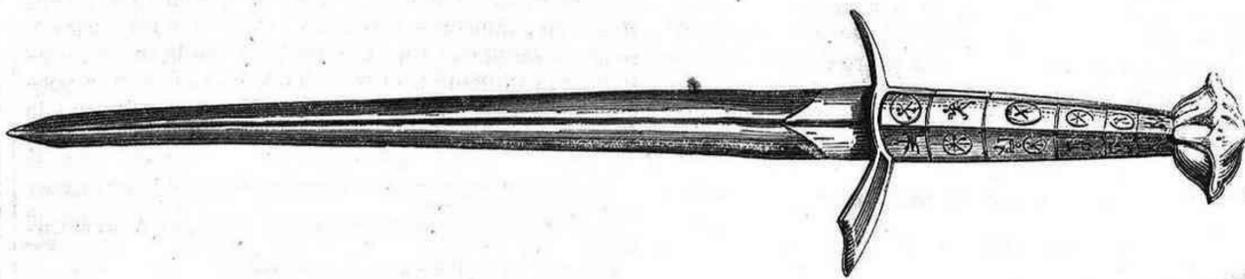
OBJETOS DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NUMISMÁTICO DE DON JAIME FUSTAGUERAS Y FUSTER EN BARCELONA.



TALISMAN EJIPTICO.



VASO ETRUSCO.



PUÑAL GÓTICO DE HIERRO.

carena, y los vientos duros y la impetuosidad de las olas y las calmas, acompañadas de mucha marejada, le hagan trabajar mucho, el agua se introducirá á bordo con facilidad, la bodega podrá llenarse gradualmente, y es indispensable evitarlo á toda costa; porque el cargamento padecería, y lo que es peor aun, el buque correría peligro de irse á pique. En casos análogos, las bombas no se dejen ir á pique. En casos análogos, las bombas no se dejen ir á pique. En casos análogos, las bombas no se dejen ir á pique.

Esa reglita de hierro larga y estrecha, con divisiones marcadas á modo de vara de medir, sujeta á una cuerda por uno de sus extremos y que se halla colgada en una de las bombas, es la *sonda*; se introduce por las bombas, hasta que llega al fondo del buque, con el fin de reconocer por la parte que se halla mojada al sacarla, las pulgas ó los piés de agua que hay en la bodega, para en su vista picar las bombas con mas ó menos frecuencia y tomar todas aquellas precauciones que las circunstancias aconsejen. Debéis comprender por estas ligeras indicaciones que el marino, mientras su buque permanezca en alta mar y mas si este corre tiempos duros ó se halla deteriorado por cualquiera causa, no dejará mucho tiempo la sonda de la mano.

Estamos al lado del *fogón* ó de la cocina del bergantín. No entraremos por la sencilla razon de que no caben en ella mas de dos personas, que no gasten miriñaque, y porque vuestros ojos se irritarian con el humo, vuestros vestidos no saldrian muy bien librados y se chafarian vuestra ropa interior, acabada quizá de planchar con femenil esmero, y porque distraeríamos ademas de sus ocupaciones al héroe principal de estos desaliñados artículos, en daño probablemente de sus costillas; pero no tenemos necesidad de hacerlo, puesto que la mitad de su exterior y todo su interior se abarcan desde afuera de un solo golpe de vista.

Miradla: es un cajon pintado de negro que tiene próximamente dos varas de alto y una media de largo y un poco menos de ancho; se halla *trincada* de firme ó sujeta á la cubierta, para que los golpes de mar no se la lleven fácilmente, y colocada en medio de la cubierta, cerca de las bombas.

La mitad posterior de sus dos lienzos laterales está ocupada por dos puertas, abierta la una frente á la otra. Con tiempos bonancibles, permanecen generalmente abiertas ambas; si el viento afresca demasiado, se cierra la que corresponde al lado de donde viene, y con tiempos duros de viento y agua, ó cuando la marejada puede saltar sobre cubierta, se cierran las dos y el cocinero se queda dentro envuelto completamente en humo. Hay dias en que por la demasiada fuerza del temporal es imposible, ó muy espuesto y difícil al menos, cocinar en ella.

Su interior tiene menos que ver aun: la primera mitad, viniendo de proa, está ocupada por las hornillas; en el espacio restante y en medio de las dos puertas se halla el cocinero de pié ó sentado en un banquillo fijo en el frente posterior delante de las hornillas; algunas cazuelas de barro, un pote de hierro, tres ó cuatro cacerolas del mismo metal, una alcuza y algunas cucharas: hé aquí todos los enseres que encierra. No direis que el fogon de un buque mercante es una cocina modesta.

Esa especie de trampa grande, situada próximamente en el centro de la cubierta, con un marco que se eleva unas tres ó cuatro pulgadas sobre esta, es la *boca de la escotilla* principal, la entrada de la bodega, el punto por donde se introduce á bordo el cargamento. En este instante, como sucede casi siempre cuando los buques están en viaje, se halla cerrada por dos puertas que se ajustan perfectamente á la boca, que se denominan los *cuarteles* y que se hallan cubiertos, como veis, por un trozo de lona embreada que baja por todos lados hasta descansar sobre la cubierta, para que el agua que caiga en esta, bien proceda del mar ó de las nubes, no se introduzca en la bodega. Sobre la lona se atraviesan del uno al otro lado de la escotilla, dos barras de hierro que se hacen firmes por sus extremos en el borde ó marco de la boca, á fin de que esta no pueda abrirse sin conocimiento del capitán.

Levantados los cuarteles de escotilla, queda descubierta la cavidad interior ó la bodega llamada en lenguaje figurado el vientre del buque y formada por todo el interior de la embarcacion menos la parte ocupada; en la popa, por la cámara, y en la proa, por el camarote de la marinería.

Para bajar á la bodega no hay otra escalera que un pié derecho, que va desde la boca de escotilla al fondo del buque, con unos tacos triangulares de madera, clavados en él de trecho en trecho, para poner los piés. Por esta razon, que no dudo hallareis muy convincente; por lo trasteada que se halla á causa de la mucha carga que lleva al buque, y porque no hay dentro mas claridad que la que entra por esta escotilla y por otra, algo mas pequeña junto á la cual hemos pasado hace un momento; nos abstendremos de descender á ella y continuaremos nuestra revista.

Esta embarcacion, situada entre los dos palos y encima de la escotilla en direccion de proa á popa y colocada sobre dos trozos de madera colocados en sentido contrario, en los cuales encaja su quilla por dos puntos, quedando esta un pié próximamente distante de la cubierta, y por

encima de la cual hay pasadas dos ó tres cuerdas gruesas que bajan por sus costados hasta sujetarse de firme en cuatro ó seis argollas de hierro clavadas en el puente, á fin de que no se mueva con los balances y las cabezadas del buque ni se lleven fácilmente los golpes de mar, es la *lancha*; la mayor de las embarcaciones del bergantín y la que se destina á las faenas mas importantes, entre otras, á *tender* y *levar* las anclas, á llevar á bordo la carga, cuando el buque no puede atracar á los muelles ó no los hay en el puerto, á conducir á bordo las pipas de agua potable desde el punto en que esta se tome, á pasar en alta mar á otro buque, y á todas las que exijan mas resistencia y capacidad de las que ofrece el bote que véisteis colgado por fuera de la popa.

Ese pequeño esquife, tan lindo, tan esbelto, tan bien pintado, que se halla dentro de la lanca, es el *chinchorro*, el bote de recreo de la gente de popa. Su capacidad apenas permite que entren en él, cuando se halla á flote, mas que dos ó tres personas; los remos destinados á darle impulso son unos verdaderos juguetes, y cuando solo conduce una persona, puede prescindir esta de ellos, sentarse en el centro, sacar por cada costado uno de sus brazos y agitar el mar con las manos para hacerle cortar las aguas velozmente: tal es su ligereza y el poco impulso que necesita para moverse.

¿Os gusta ese botecillo? Lo creo, porque vosotras sois apasionadas de todo lo bello; pero estoy seguro que en viéndole correr tres ó cuatro brazos no entraríais en él, á no ir á solas en compañía de vuestro amante, y aun así lo haríais con sobrado recelo, puesto que las aguas, por tranquilas que se hallen, le imprimen un movimiento oscilatorio tan continuo, que creeríais hundiros en el mar á cada instante, y hasta os sería muy difícil, si no imposible, permanecer en él sentadas á no cogeros de firme y con ambas manos á sus bordes.

La lanca, por su situacion cerca del fogon, es una espaciosa despensa en que el cocinero coloca las provisiones diarias, las espuestas en que tiene el carbon y la leña, las fuentes, marmitas y cucharas y los demás útiles de cocina ó del servicio gastronómico de la gente de proa.

Esa especie de columna, de cuatro piés próximamente de altura, con unos cuantos agujeros que la atraviesan horizontalmente en su parte superior y que se halla en medio de la cubierta á las inmediaciones del palo trinquete, es el *cabrestante*.

Cuando hay que meter á bordo las anclas que sujetan al buque, ó hacer que este se mueva de un punto á otro, bien *halando* ó tirando del cable ó cadena de una de las anclas, bien de un cabo ó cuerda amarrado en tierra, se arrojan el cabo ó la cadena al cabrestante, se colocan en los agujeros dos ó tres trancas de madera llamadas *espeques*, y los marineros hacen girar, tirando de estos sobre su eje á la máquina, y las cuerdas ó cadenas se van arrollando progresivamente hasta que el ancla entra en el buque ó llega este al punto en que se le quiere situar.

Antiguamente, y aun en el dia en los buques pequeños, se hace uso, en vez de cabrestante, del *molinete*, reducido á un cilindro colocado horizontalmente que gira sobre sí mismo, movido tambien por los marineros tirando de dos espeques que describen cuartos de círculo perpendiculares al eje de rotacion.

Hemos llegado al palo trinquete, y como al ocuparnos del mayor y por economizar tiempo y descripciones, os di á conocer cuanto en él puede llamar vuestra atencion, pasaremos adelante.

Esa especie de cajon que se eleva medio pié próximamente sobre cubierta, situado un poco mas allá del palo trinquete y que tiene por base un cuadrado de cuatro piés de lado, es la entrada del *rancho de proa* ó del camarote de la marinería. Para bajar á él no hay mas que levantar la cubierta del cajon que gira sobre uno de sus lados, tomar una escalera casi vertical con peldaños estrechos, colocados los unos por encima de los otros, y estamos abajo.

Pero me libraré muy bien, queridas mias, de invitáros á bajar; esa escalera no se hizo para vosotras; el suave aroma de tabaco virginia, brea y alquitran de que se halla saturado el camarote, podría escitar demasiado vuestra nerviosa sensibilidad; si hay dentro algun marinero, toda vuestra solicitud para evitar que os viese los piés y algo mas, seria perdido; correríais ademas el peligro de caer por escotillon, y no me propongo que tomeis parte aqui en la representacion de una comedia de magia; en cambio, os haré una ligera descripcion de esa estancia, y por ella comprendereis que, si el capitán y el piloto del *Relámpago* no están alojados con demasiada comodidad, la tripulacion del buque lo está muchísimo menos.

El camarote de proa, no solo del bergantín en que nos hallamos, sino en todas las embarcaciones mercantes, es una estancia casi triangular, bastante mas baja de techo y mas reducida aun que la cámara, sin que reciba mas luz que la que le entra por esa escotilla que permanece cerrada la mayor parte del tiempo que el buque pasa en la mar, sobre todo, hallándose esta agitada, porque si las olas entran en el puente, no es por cierto la proa la menos favorecida.

En algunos buques se incrustan sobre cubierta para dar alguna luz al camarote, dos emisferios de cristal, como las que hemos visto en el de la cámara.

Alrededor de esa pequeña habitacion, hay dos hileras de pesebres, la una á corta distancia del suelo y la otra por encima de esta, con una media vara próximamente

de distancia. Cada uno de esos pesebres, que no merecen otro nombre, ó al menos no le hallo para representarlos con mas exactitud, sirve de cama á un marinero, á un grumete ó á un paje, que tienen que estar en ellos completamente de costado y en posicion horizontal, y que, despues de tendidos sobre sus colchones ó jergones, apenas pueden moverse hácia los lados, ni levantar la cabeza una cuarta de las almohadas sin tropezar. Los unos con el techo del camarote y los otros con el fondo del catre que tienen encima.

Todos los muebles de la habitacion se reducen á unas cuantas arcas en que cada individuo de la tripulacion tiene guardado su modesto equipaje, y que les sirven ademas de asiento; una pequeña mesa de pino, corta de piés, colocada de ordinario bajo la entrada, á fin de que reciba alguna luz cuando los marineros escriben sobre ella á sus familias ó juegan á la brisca ó al tute en los momentos de ocio, particularmente cuando el buque se halla en puerto ó en bahía, ó navega con tiempos muy bonancibles; un farol de talco, de forma cilíndrica, colgado del pié del palo trinquete que atraviesa el camarote, y que cuando se enciende por la noche, despide una tenue y amarillenta claridad que comunica al aposento, pintado generalmente de negro, un aspecto verdaderamente misterioso y fantástico, y algunos útiles de la profesion é instrumentos de carpintero y calafate, colgados en desorden ó colocados en espuestas debajo de las camas.

El rancho ó camarote de proa del *Relámpago*, sirve de alojamiento á siete marineros, cuatro grumetes y el niño Ceferino; total doce personas. No direis que carecen de habitacion cómoda, espaciosa y amueblada con suntuosidad. Debo advertiros que, fuera de nuestro pequeño cocinero, ninguno de los individuos del equipaje, y eso que los hay de estatura bastante corta, pueden estar en él de pié, y que una vez sentados, han de levantarse con cuidado si no quieren dejar los sesos pegados en el techo; pero en cambio, cuando se hallan sobre cubierta, pueden estirarse á su placer sin miedo de chocar con la bóveda celeste que les sirve de dosel.

Debo indicaros ademas, queridas mias, para que no tengais motivo á culparme de inexacto, que por la noche, mientras el buque se halla en viaje, jamás se reune en esa estancia mas que la mitad de la tripulacion: la otra mitad permanece á todas horas sobre cubierta *haciendo su cuarto*, ó lo que es lo mismo, de guardia, de cuyo servicio, en el que se releva la gente cada cuatro horas, os hablaré detalladamente en uno de los artículos sucesivos.

Estamos en el castillo de proa y por consiguiente á punto de terminar nuestra revista de inspeccion.

Las estremidades de la obra muerta de los dos costados del buque que, principiando á encorbarse á la altura próximamente del palo trinquete para formar la proa, se reunen en la prolongacion de la quilla, se denominan las *muras*. Es la parte del buque donde chocan con mas impetuosidad las olas, que rompe para abrirse paso, y necesita tener por lo mismo mucha resistencia y hallarse sólidamente construida para que el agua no salte con facilidad sobre cubierta.

Las muras ó amuras sirven tambien en los buques de punto de comparacion para referir la situacion de los objetos exteriores, y se dice que tal ó cual objeto se balla por la mura de babor ó de estribor cuando se encuentra por la proa á la izquierda ó á la derecha.

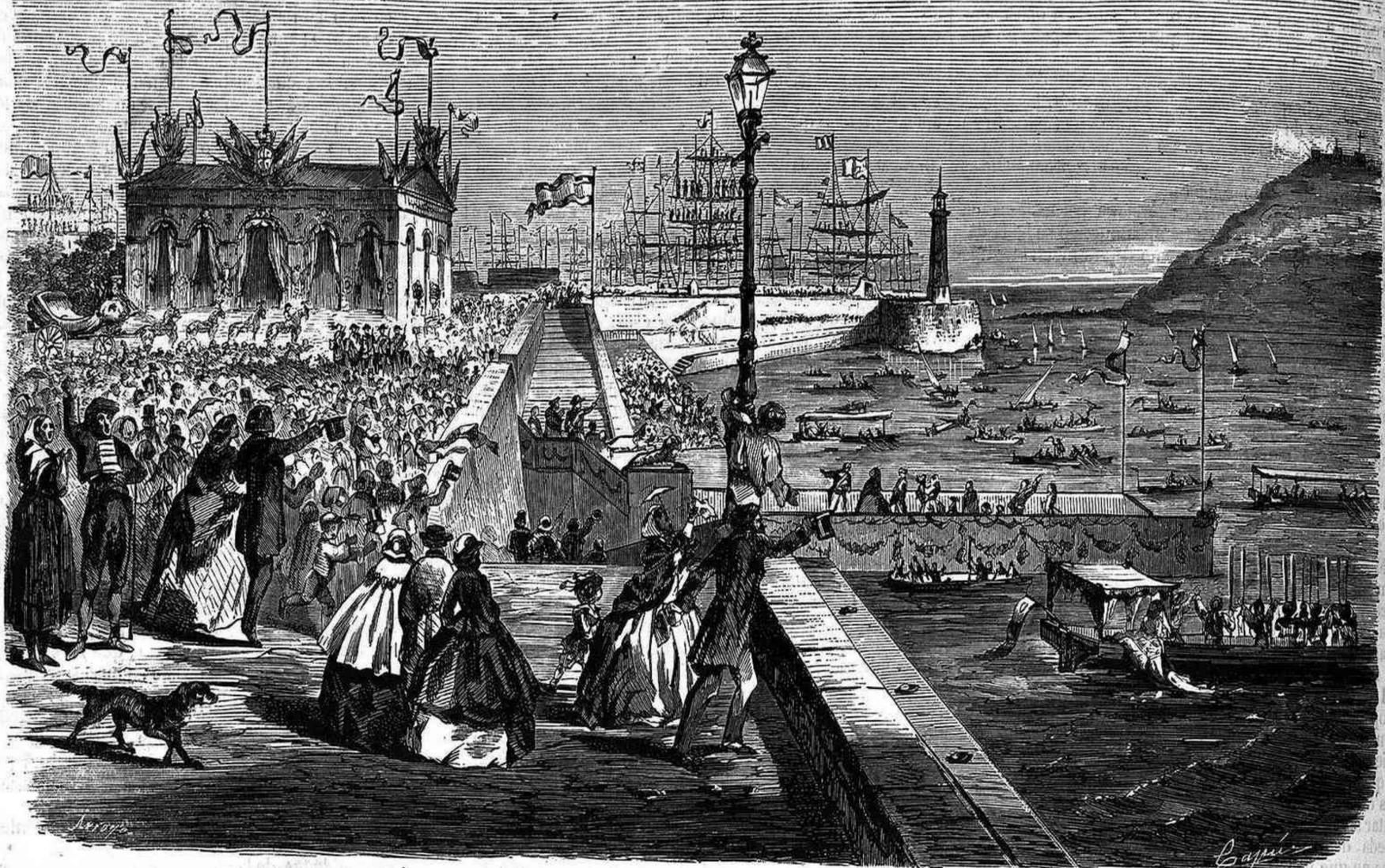
Del borde superior de cada una de las muras arranca un madero en direccion diagonal que sale unos dos piés fuera del buque, con tres roldanas en la punta. Estas dos piezas denominadas los *pescantes de la serviola*, nombre este último con que se designa la parte mas saliente de la curva que forman las amuras, que es el punto de donde los pescantes arrancan, sirven para suspender las anclas, que unas veces se dejan colgando de ellos y otras se amarran por encima, apoyadas sus uñas sobre el borde de la mura, para dejarlas caer con prontitud cuando haya necesidad de dar fondo.

Las muras, ó con mas propiedad las serviolas son para un marino los pechos de su nave, como en lenguaje figurado se las llama, y tanto mejor le parecen cuanto son mas abultadas, mas salientes y mas elevadas. Un buque que tiene sus muras pequeñas, bajas y poco pronunciadas, es un buque sucio, en el cual no se puede navegar, porque á poco que se le fuerce de vela, se entra el agua por la proa, como Pedro por su casa y la tripulacion anda siempre hecha una sopa de los piés á la cabeza.

No es extraño por lo mismo que la gente de mar muestre un poquillo de aficion hácia las muchachas *bien muradas*.

Esos dos agujeros de cinco á seis pulgadas de diámetro que veis en las muras, cerca de la cubierta y próximas al punto en que aquellas se reunen con la prolongacion de la quilla para formar la proa del buque, se llaman los *escobenes*, y por ellos entran á bordo los cables, sujetos á las anclas ó hechos firmes en tierra, que sujeten al buque por la proa. En lenguaje figurado los escobenes son los ojos de la embarcacion y á ellos comparan los marineros los de sus *princesas* cuando son grandes y hermosos.

Por entre las dos muras y arrancando del castillo de proa, sale como veis, fuera del buque un palo bastante grueso que sigue la direccion de la cubierta, aunque un tanto mas alto que esta y algo mas elevado en su estre-



DESEMBARCO DE SS. MM. Y AA. EN EL PUERTO DE BARCELONA EL 21 DE SETIEMBRE ÚLTIMO.

midad exterior que en la interior, y por sobre el cual y á manera de mastelero se prolonga en la misma direccion otro palo mas delgado, enlazado con él, de modo que pueda correrse hasta entrarle á bordo cuando convenga. La primera de estas piezas se llama el *bauprés* y la segunda el *botalon*.

Ese palito pequeño y delgado que cuelga del extremo exterior del *bauprés* en direccion al mar y que en algunos buques suele componerse de dos piezas, unidas en su arranque y formando un ángulo mas ó menos agudo, se llama el *moco*.

Hay tambien en la estremidad del *bauprés*, por encima del *moco*, una verga, del tamaño de las de sobrejuanete próximamente, colocada horizontalmente de babor á estribor y en la cual se largaba en otro tiempo una vela llamada la *cebadera* que venia hácia las muras, formando saco y que en el día apenas se usa, ó mejor dicho se halla desterrada ya por inútil y embarazosa. Del nombre de esta vela le viene á la percha de que nos estamos ocupando, y que muchos buques no llevan ya el nombre de *verga cebadera*.

Tanto del *bauprés* como del *botalon* arrancan porcion de euerdas, mas ó menos gruesas, que terminan en la estremidad del palo trinquete y de todos sus masteleros, en las muras y en la prolongacion de la quilla, llamada el *branque* ó la *roda*, que sube á formar la proa del buque, tienen por objeto principal conservar aquellos dos palos en su verdadera posicion é impedir que el de trinquete y sus masteleros se caigan hácia popa, y algunas de las cuales sirven de estribos para que los marineros puedan pasar á cualquier punto del *bauprés* ó del *botalon*.

Esas velas triangulares que bajan de los masteleros del palo trinquete, y cuyo lado mas corto sigue la direccion del *botalon* ó del *bauprés*, yendo á parar al buque sus escotas, se llaman los *foques*, dándose el nombre especial de *trinquetilla* al primero, partiendo desde el buque.

La prolongacion de la quilla que sube á formar la proa y que se denomina el *branque* ó la *roda*, como os acabo de decir, termina en una graciosa curva, llamada el *tajamar* que se estiende, aumentando gradualmente de anchura, por debajo del *bauprés* y al fin de la cual se coloca el *mascaron de proa*, que suele ser la estatua ó el busto de un hombre ó de una mujer, la imagen del santo, cuyo nombre lleve el buque, un animal ó cualquier capricho, cuya forma puede adaptarse á la prolon-

gacion de la curva, ofreciendo un remate de mas ó menos gusto. El *Relámpago* no tiene, como veis, mascaron de proa y su *tajamar* termina en un trozo de espiral que se vuelve hácia la proa, y en cuyo centro brilla, por uno y otro lado, una estrella dorada. El *tajamar* se llama en el lenguaje marítimo figurado la nariz del buque.

Hemos examinado ya, queridas mias, si no todas las partes de que un buque se compone, aquellos objetos al menos, cuyo conocimiento puede seros de alguna utilidad para comprender nuestros artículos sucesivos y para leer con fruto las relaciones de viajes marítimos y de acontecimientos que hayan tenido lugar en el Océano ó á bordo de una embarcacion mercante, y aun en los buques de guerra, que, fuera de sus mayores dimensiones y comodidades, se diferencian poco de aquellas.

En sus cámaras hay cuartos dormitorios, llamados *camarotes*, con vidrieras en la popa ó en los costados; la marinería y las tropas de su dotacion ocupan entre la cubierta y un piso que se coloca cinco piés próximamente mas abajo una habitacion, llamada el *entrepunte*, que se estiende desde el palo mayor al de trinquete; desde este hasta la proa, se hallan á la misma altura los camarotes de los *oficiales de mar*, denominacion que comprende al contramaestre, al maestro calafate, al maestro carpintero, á los jefes inmediatos, en fin, de todas las clases que componen la dotacion de un buque armado.

Desde el palo mayor hácia popa, y en la prolongacion del *entrepunte*, aunque separados de este, se hallan situadas por su órden la cámara de los guardias marinas y los camarotes de la oficialidad, abiertos estos alrededor de un salon, que sirve regularmente de comedor, en las fragatas y corbetas, al estado mayor y que en los buques de vapor se convierte en un hueco casi circular, cual si fuese la boca de un pozo, en cuyo fondo se coloca el hélice, cerrado alrededor con una balastrada, quedando entre esta y los camarotes un corredor de tránsito, al que dan tódas las puertas.

Como no vamos á navegar por ahora en buques de guerra, me abstengo de daros sobre su distribucion interior, que varia segun la clase y las dimensiones de cada buque, mayores detalles. Si en el curso de nuestro trabajo tuviésemos necesidad de hacerlo, os los daríamos con gusto; pero entre tanto ¿para qué cansaros ni cansarnos inútilmente?

Y puesto que hemos concluido ya nuestra revista, ba-

jemos de nuevo á la cámara á presenciar las escenas que en ella tienen lugar y en las cuales desempeñan el ex-administrador y la ex-administradora de salinas de Castropol, vistas futuras de la aduana de Barcelona, los principales papales. ¡Cómo!... ¿os negais á ello? ¿no os inspira ya compasion el infortunado Argensola? Sois demasiado crueles.

Pero... ¿qué es eso? ¿palideceis de nuevo? ¿volvéis anhelantes los ojos hácia la costa? ¿estais á punto, por ventura, de *cambiar la peseta*, como la *esbelta* y *pudorosa* doña Pánfila, y no queréis ser objeto de la solicitud y de los cuidados del capitán y del piloto del *Relámpago*?

¡A estribor la lancha!—Ahí teneis la embarcacion que os conducirá en cuatro minutos á tierra firme. Adios y buen viaje.

¿Por qué no os acompaño, me preguntais?... ¿quién habia de enteraros de lo que acontezca en el *Relámpago* durante el viaje? ¿cómo sabriais la vida que han llevado á bordo nuestros tres pasajeros? ¿quién habia de daros noticias del pequeño cocinero, por quien tanto os interesais? Nada; renuncio, aunque con sentimiento á vuestra compañía; pero me he propuesto seguir uno tras otro los pasos de ese niño por quien su madre, arrasados sus ojos en llanto, estará rogando en este momento la que dispone de la vida y de la suerte de los mortales y no puede abandonarlo. Os lo contaré todo, todo, sin reservarme mas que aquellos detalles que no conviene que sepais.

El portalon de estribor acaba de abrirse para franquearos la salida; la escala pende ya del costado, vuestra lancha acaba de atracar y los marineros que os han conducido á bordo, os esperan, preparados ya los remos y dispuestos á bogar.

Adios, queridas mias y buen viaje.
Bajad con cuidado... ¿Os habeis acomodado ya?...
¡Larga y haja!

EL CAPITAN BOMBAR...

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG,
EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.